

á una eloqüencia solida , aunque falta de adornos; pero todos reconocian su estilo como aspero y duro : y su diction antiqüada y rancia en los libros de agricultura , que son los únicos que nos han quedado , es para nosotros sobrado obscura, y casi ininteligible, de modo que no podemos sacar ventaja alguna de su eloqüencia, y ni tan solamente nos dexa gozar de su doctrina. Columela (a) , despues de haber citado á Caton como el primero que hizo hablar en latin á la agricultura , nombra á los dos Sasernas padre é hijo, que mas diligentemente la instruyeron , á Scrofa Tremelio , que la hizo eloqüente, y á M. Terencio Varron, que la pulió. Nosotros no podemos hablar mas que de este último , por haberse perdido las obras de todos los otros. Varron ha sido tal vez el hombre mas erudito de toda la antigüedad ; y filósofo , historiador , gramatico, orador , poëta y antiqüario , cultivó todos los campos de la literatura , y en todos

(a) *De Re rust.* lib. I, I.

dos cogió copiosos frutos de vastísima erudicion. Tenemos algunos fragmentos de muchos libros que escribió Varron acerca de la lengua latina , y tres libros sobre la agricultura , en los quales hubiera podido campear mejor su eloqüencia ; pero el continuo estudio de las cosas no le dexó tiempo para atender á las palabras , y el amor á la erudicion y á la antigüedad, como sucede con sobrada frecuencia á muchos de nuestros antiqüarios y eruditos , hizo que gustase de algunas palabras y frases antiqüadas , y se cuidase poco de las flores y adornos de la oracion , y de las gracias de un estilo culto. Ademas de los nombrados hasta aqui , quisieron algunos otros , citados por Columela , exponer las cosas rusticas en idioma latino: Ciceron nombra á Amafanio y á Rabirio como escritores de materias filosóficas ; pero poco elegantes y pulidos. Vitruvio habla de algunos escritores de arquitectura , y otros citan algunos otros sobre diversas materias ; pero han perecido todos los escritos de estos autores. Por mas

sensible tenemos la pérdida de algunas obras de Julio Cesar, que deben referirse á esta clase, porque es muy notoria la elegancia y delicadéz de su estilo, para que podamos dudar que quanto salió de sus delicadas manos no tuviese una extrema gracia y la mayor perfeccion. Igualmente habrán sido apreciables los libros que sobre la virtud, la paciéncia, y otras materias filosóficas escribió Bruto, y que se igualaban, segun el testimonio de Ciceron (a), con los mejores libros de los Griegos. Pero para gloria de la eloquencia didascalica de los Romanos bas-

Ciceron. tan las obras de Ciceron. El dice repetidas veces de sí mismo, que estimulado del amor de la patria, y de su honor literario se habia resuelto á ilustrar varios asuntos filosóficos, y á emular las alabanzas de los Griegos en la eloquencia didascalica; y su fecundo ingenio auxilió tan felizmente á su laudable celo, que llegó á superar la gloria de los mismos

Grie-

(a) *Ac. lib I, III.*

Griegos, que procuraba imitar. En efecto él ha adquirido la magestad y pompa de Platon, sin seguir la fantastica vanidad, y la ditirambica hinchazon, reprehendidas por los antiguos en su modelo. El tiene el nervio y vigor de Aristoteles sin su restriccion y concision, que á veces lo hacen obscuro y dificil. El respira por todas partes la dulzura y suavidad de Xenofonte y de Teofrasto, pero con mayor fuerza y energía, y con mas riqueza y copia de sentencias y de palabras. De modo que si su doctrina está comunmente tomada de los filósofos griegos, el orden y el metodo de tratarla, la distribucion de las materias, la claridad y la fuerza en exponerlas, la gracia en adornarlas, y todo lo que pertenece á la eloquencia, no debe atribuirse á otro que al soberano ingenio del maestro de la filosofia y de la eloquencia de los Romanos. No pueden leerse sus libros filosóficos y retóricos sin encontrar sumo deleyte al ver aquel sabio plan, aquel oportuno orden en todo el tratado, aquel gusto y juicio en las

sen-

sentencias y opiniones que abraza , a quella claridad y evidencia con que están puestas hasta las razones mas obscuras , aquella gracia y hermosura , aquella luz y esplendor , que se da hasta á las materias mas abstrusas , aquella copia y variedad de erudicion , aquella sublimidad y grandeza de pensamientos , aquella elegancia y pureza de expresiones , y aquella dignidad y nobleza , copia y fluidez , suavidad y armonía de toda su adornada y magestuosa oracion. Platon tiene la copia y riqueza de la diction , y la sublimidad de los pensamientos ; pero carece de un correspondiente orden en tratar las materias , y se abandona con frecuencia á extrañezas fantasticas. Aristoteles , mas prudente en sus tratados , puede parecer algo falto de las flores , y de los adornos de la oracion : Xenofonte suave y dulce no sabe dar á sus escritos gran fuerza de convencimiento , y peso de autoridad ; y solo Ciceron ha podido juntar todas las dotes de la eloqüencia , que corresponden á un maestro del universo. Asi que

no

no dudaré decir , que con razon pretenderán conservar su primacia Demostenes en la eloqüencia oratoria , y Platon en la dialogal ; pero que Platon y Xenofonte , Aristoteles y Teofrasto y todos los Griegos deberán sin disputa alguna ceder el campo á Ciceron en la didascalica.

Despues de haberse saboreado con la eloqüencia de Tulio , no se puede encontrar particular gusto en contemplar la de los otros escritores latinos. Vitruvio en la prefacion habla de algunos escritores , que quisieron ilustrar la arquitectura , pero no obtuvieron muy feliz suceso ; y el mismo Vitruvio aunque trató la materia con toda la erudicion y maestría del arte , no fué con la elegancia y gracias de estilo , que podian esperarse de un escritor de aquella edad. Celso fue un hombre encyclopedico , que dirigió su atencion á las cosas rústicas y á las militares , al derecho civil , á la filosofia , á la medicina y á todas las materias ; y lo que mas distingue su universal saber , á todo aplicó las gracias y los adornos de un terso y li-

Tom. V.

Cc

ma-

mado estilo. Leanse las graciosas cartas de Bianconi sobre Celso, y leanse muchas las obras de medicina del mismo Celso, que casi son las unicas que de él nos han quedado, y sin dificultad se colocará al aureo Celso entre los escritores romanos del siglo de oro. La pureza y tersura de su dición le dan mucho derecho á esta literaria nobleza, para que se le pueda disputar; pero no por esto deberá concedersele tan de lleno, como algunos quieren, el glorioso nombre de Ciceron medico. ¿Quan frios y debiles no parecen el modesto ornato y la elegante tenuidad de Celso, á vista de la noble y magestuosa copia de Ciceron? Si acaso no llegó Columela á la pulidéz y tersura de la dición de Celso, no le cede ciertamente en las otras prendas de la eloqüencia didascalica; y Columela y Celso son los dos escritores, que despues de Tulio pueden mejor servir de exemplares en este genero. Pero Seneca y Plinio son otros dos escritores de aquellos tiempos, que con gusto menos sano, y con estilo menos

correcto, se han adquirido harto mayor celebrad. Sería una temeraria ignorancia querer disputar á Seneca un sutilísimo ingenio, una vasta y profunda doctrina y un espíritu perspicaz y sublime: tantos bellos pensamientos amontonados en sus obras, la copia y la agudeza de las razones que sabe hallar para probar lo que quiere, las muchas, profundas y justas reflexiones, y varios conceptos originales, sublimes é intrepidos, manifiestan un ingenio superior á la mayor parte de los mas celebrados filósofos, y nos hacen sentir que un ingenio tan grande no naciese en un siglo mas feliz, y no hubiese sido regulado por un gusto mas sano, y un juicio mas sólido. Que dulzura, que suavidad y que encanto no causarían los nobles y sublimes pensamientos, las sólidas y profundas sentencias, y las imagenes luminosas y grandes, si el autor hubiese sabido exponerlas con el orden y metodo, con la naturalidad y perspicuidad, con la madurez y gravedad, pompa y magestad de Ciceron, que él tantas veces

alaba y propone por modelo! Pero Seneca se dexó llevar del amor entónces dominante á un estilo truncado y desunido, conciso y vibrado, conceptuoso y obscuro, que hace que muchos de sus mas nobles pensamientos aparezcan pequeños, secos y débiles: y su ferviente fantasía, y facunda imaginacion le hacen caer á veces en pensamientos sobrado sutiles, atrevidos y aún falsos, le presentan una exorbitante copia de exemplos, de comparaciones y de razones, que en vez de acarrear esplendor y amenidad á la oracion la hacen fastidiosa y desagradable, y le obligan á correr de uno en otro pensamiento, sin dexarle tratar con orden y exáctitud las materias, ni dar al estilo aquel enlace de imagenes, aquella fluidez y espontáneo descenso de una en otra sentencia, y aquel armonico complexó de todo el cuerpo del discurso, que hacen mas suave y profunda impresion en el animo de los lectores, que las imagenes brillantes, las agudas sentencias, las enfaticas expresiones y los adelgazados

con-

conceptos, sin la conexiõn y el orden que requieren las materias. Por grande que fuese el ingenio de Seneca, conocido y alabado, y casi hecho proverbio en todos los siglos hasta el nuestro, el de Plinio debe en mi juicio ser tenido por mas prodigioso, y su obra puede llamarse el mas rico y precioso tesoro de toda la literatura. ¡Que vasto pielago de erudicion, y que inmensidad de noticias curiosas é importantes no se encuentran en cada pagina de aquel singular y unico libro! La naturaleza toda en su infinita extension de cielos y tierra no llenó el vasto ingenio de Plinio, y quiso éste con incomprehensible animosidad abrazar tambien toda el arte, y en una y otra se manifestó igualmente grande y sublime; pero mirando separadamente su eloquencia, la sublimidad de las ideas, y la nobleza del estilo, dirémos con Buffon (a), dan mas y mas realce á su profunda erudicion: no solo sabia quanto podia

Plinio.

(a) Tom. I. premier Disc.

„ saber en su tiempo , sino que estaba fa-
 „ miliarizado con la sublimidad de pensar,
 „ que multiplica la ciencia, y con aque-
 „ lla delicadez de reflexion, de que de-
 „ pende la elegancia y el gusto, por cu-
 „ yos medios comunica á sus lectores una
 „ cierta libertad de espíritu, y cierta osa-
 „ dia en el discurrir, que son la semente-
 „ ra de la filosofía“. En efecto ; será po-
 „ sible encontrar pensamientos más subli-
 „ mes, y que mas arrebaten y lleven fuera
 „ de sí el animo de los lectores, y les pre-
 „ senten ideas más vastas y más importan-
 „ tes? A veces una reflexion, una cláusula,
 „ una expresion, un epíteto dicen mucho
 „ mas que los largos discursos, y los regu-
 „ lares tratados de otros escritores. Pero ca-
 „ balmente de esta su breve y concisa co-
 „ pia nace no poca dificultad y obscuridad
 „ en el estilo; y las palabras preñadas de co-
 „ sas, y las expresiones demasiado cargadas
 „ de sentencias envuelven un pensamiento
 „ con otro, y no manifiestan bastante sus
 „ bellezas, las cuales quedan sobrado obs-
 „ curas y confusas, y en gran parte se ocul-

tan

tan aún á aquellos mismos que las miran
 con ojos muy atentos y curiosos; la osa-
 dia y sublimidad de sus pensamientos le
 hacen incurrir á veces en imágenes falsas,
 y en expresiones hinchadas; y su brevedad
 y concision hacen la oracion trunca-
 da, vibrada, interrumpida y poco suave.
 Además de estos dos famosísimos es-
 critores hay algunos otros, que merecen
 ser alabados. Pomponio Mela, nombre
 respetable en la romana literatura, comu-
 nicó á la geografia el esplendor de las le-
 tras latinas: con brevedad y claridad,
 nos pone delante de los ojos los sitios que
 describe, y junta á la exáctitud cientifi-
 ca la energía de la eloquencia. Paladio (*)
 escribió de agricultura en estilo sencillo
 y elegante; y florecieron otros muchos
 en aquellos tiempos, quando aún no se
 habia extinguido enteramente el esplendor
 de la buena latinidad. Pero entró to-

(*) Es incierto el tiempo en que floreció Paladio;
 pero lo referimos aqui dexando para los criticos el
 disputar sobre su verdadera época.

dos los autores didascalicos merece distinguido lugar el maestro de la eloquencia romana Quintiliano. Su locucion no es tan tersa y pura como la de Celso y Ciceron; el corte, por decirlo asi, de su periodo no tiene aquella rotundidad y elegancia, que tanto agrada en los escritores del siglo de oro, y que parece propia del language romano; y aunque él, como perfecto conocedor de la verdadera belleza, procura evitar el truncado, conciso y conceptuoso estilo, que tanto reynaba en los escritos de los autores de aquella edad, con todo eso se resiente á veces de este gusto, y peca algo en duro, sin saber dar á su oracion la fluidéz, dulzura y pompa, que tanto recomienda en su maestro Ciceron. Pero sin embargo Quintiliano puede llamarse el escritor mas romano de su tiempo, y el mas amante y sequiaz de la aurea antigüedad. El ha conservado la copia y abundancia de palabras y de sentencias, la union y enlace de los pensamientos, la fuerza y solidéz de las razones, la variedad de las imagenes, la propiedad y

con-

conveniencia de las comparaciones, el buen orden, y la correspondiente trabazon de todo el discurso. Y singularmente por lo que mira á la parte didascalica, será siempre la maravilla de los doctos la copia y perfeccion de la doctrina, que nada dexa que desear en la materia que trata á los criticos mas delicados, la exáctitud y utilidad de los preceptos, la viveza, perspicuidad y fuerza de las razones, y el orden y metodo en todo; y la obra de las *Instituciones oratorias* de Quintiliano será venerada en todas las edades, como el mas perfecto código de las leyes del buen gusto y de la sana eloquencia. Aquies de observar la diversidad que se halla en la misma clase entre la eloquencia de Ciceron y Quintiliano, y la de Celso y Columela, como tambien de Seneca y Plinio, y ruego á los lectores que reflexionen quanto mas interesa y agrada la natural y libre copia y abundancia de Tulio y de Quintiliano, que la desnuda elegancia de Celso y de Columela, y la estudiada elevacion y buscado retoque de

Tom. V.

Dd

Se-

Seneca y de Plinio, observacion que podría hacerse igualmente en los celebrados escritores modernos. Harto semejante al estilo latino de Quintiliano parece el *Dialogo de los oradores*, que falsamente atribuyen algunos al mismo Quintiliano, y otros á Tacito, y que ciertamente debe referirse á un hombre docto y elegante. No podremos hablar así del estilo de Fronto, aunque á veces bastante elegante, pero vario y desigual; y mucho menos del de Apuleyo, afectado, hinchado é inculto. Mejor conservaron el decoro romano los escritores de jurisprudencia. Algunos fragmentos, y tambien algun tratado que tenemos de Pomponio, de Cayo, de Papiniano, de Ulpiano, de Paulo, de Modestino y de otros juriscultos se han adquirido la veneracion y el estudio de la docta posteridad, no menos por la gravedad y cultura del estilo, que por la solidéz de la doctrina. Censorino, Julio Obsequente y Vegetio son escritores didascalicos, que por su estilo deben distinguirse del comun

de los escritores de aquella edad. Dexe- mos á parte á A. Gelio, Firmico Materno, Macrobio, Casiodoro, Boécio, Marciano Capela y algunos otros latinos, conocidos y leídos de la posteridad por algun mérito de doctrina y de eloquencia, aunque rustica é imperfecta, y pasando á tiempos posteriores aplaudamos entre muchos escritores latinos didascalicos á Yives y á Cano, cuyas obras *De Disciplinis*, y de *Locis Theologicis* se adquirieron gran credito en el siglo decimosexto, quando tanto se apreciaban las gracias de una buena latinidad, y de una sana eloquencia, y se alaban y leen todavía en el nuestro, quando mas se buscan las prendas de la doctrina, y de la sólida filosofía: alabemos á Alciato, Cujacio, Agustín y otros escritores, que entre las tinieblas de las ciencias legales hicieron ver la luz de la romana jurisprudencia: recomendemos á Mariana, Petavio, Huet y otros teólogos, que en medio de la barbarie escolastica han sabido agrandar á los cultos oídos: honremos á Sadoletto, Sigonio,

nio, Vavassor y tantos otros filólogos, que emplearon su latina elegancia en varios tratados didascalicos; pero pasemos á examinar con mas atencion los laudables progresos que en estos tiempos ha hecho la eloqüencia didascalica en las lenguas vulgares.

Eloqüencia didascalica en las lenguas vulgares.

La vastedad y extension de la materia no nos permite seguir individualmente todas las cosas, aunque cada una de ellas mereceria ser diligentemente ilustrada; asi que omitiendo los primeros escritores, que trataron argumentos didascalicos en las lenguas francesa, española, italiana y otras vulgares, descenderemos á tiempos mas cultos y fecundos, y empezaremos á examinar en ellos los progresos de la eloqüencia italiana, que fue entonces la primera en dar esplendor. Bembo puede decirse que fue el primero, que trató materias didascalicas en lengua italiana con alguna fuerte y adornada eloqüencia, aunque un largo y estudiado periodo, un confuso amontonamiento de palabras, y todo el curso de la oracion fastidioso y pe-

Italiana en el siglo XVI.

pesado, hacen que los escritos de Bembo se les caigan de las manos á los lectores de nuestro siglo, que con razon buscan en los libros fluidéz y dulzura, facilidad y rapidez. El exemplo de Bembo fue seguido de muchos doctos italianos, y en poco tiempo las gracias de la lengua nacional se comunicaron á toda suerte de argumentos filologicos y filosóficos. Entre los primeros escritores didascalicos goza Casa de particular celebridad por lo justo de los preceptos, y por la elegancia y pureza del lenguaje; pero sin embargo gusta de aquel giro de periodos, y de aquella transposicion de palabras, que entónces tal vez se creia propia para dar mayor gravedad á la oracion, y ahora nos parece que le da sobrada lentitud. Mirando la parte de la doctrina, Machiavelo es un escritor, que por la sutileza de los pensamientos, por la vastedad de las ideas, por la profundidad de muchas reflexiones, y no menos por el atrevimiento, y aún impiedad de algunas otras, y por sus máximas y opiniones, unas ve-